

CONVERSION, DESILUSION Y DILEMA

En torno a la obra de ARTHUR KOESTLER *

por

CARLOS REAL DE AZUA

No sería difícil probar que ARTHUR KOESTLER no es un pensador político o social de significación duradera, que no es un creador literario de primera fila. Al margen de "*Darkness at noon*", no hay tal vez libro de KOESTLER que soporte su asignación en lo definitivo, en lo irremplazable. Sin embargo, desde los años posteriores a la guerra, ocupa su obra en el debate ideológico de nuestro tiempo un lugar que ninguna diatriba o reserva consiguen disminuir.

Su éxito fué fulminante. En la quinta década del siglo consiguió ser —y no me olvido de SARTRE— el escritor más leído y discutido de Europa. Desde los primeros días de la Paz, que coincidieron, aún en la parte occi-

(*) Por razones de unidad, citaré todos los títulos de KOESTLER en inglés, aunque algunas de sus obras no hayan sido escritas en este idioma. Las transcripciones han sido vertidas todas al castellano, utilizando (con excepción de "*The age of longing*") las insatisfactorias traducciones realizadas al español o al francés o vertiéndolas directamente en el caso de "*Promise and fulfilment*", "*Insight and outlook*" y "*Arrow in the blue*" de las que no conocemos versiones en otras lenguas. Como ha sucedido frecuentemente que las obras de KOESTLER porten distintos títulos, las enumeramos con sus rótulos equivalentes y año de aparición: 1) "*Spanish testament*" o "*Dialogue with death*"; "*Un testament Espagnol*" (1938). 2) "*The gladiators*"; "*Los gladiadores*" (1939). 3) "*Darkness at noon*"; "*Oscuridad al mediodía*" o "*Le zero et l'infini*" (1940); 4) "*Scum of the earth*"; "*Escoria de la tierra*"; "*La lie de la terre*" (1941). 5) "*Arrival and departure*"; "*Croisade sans croix*" (1943). 6) "*The yogi and the commissar*" "*El yogui y el comisario*" (1945). 7) "*Twilight Bar*"; "*Le Bar du Crépuscule*" (1945). 8) "*Thieves in the night*"; "*Ladrones en la noche*" (1946). 9) "*Promise and fulfilment*" (1949). 10) "*Insight and outlook*" (1949). 11) "*The god that failed*"; "*El fracaso de un idolo*" (1950). 12) "*The age of longing*"; "*La edad del anhelo*" (1950). 13) "*Arrow in the blue*" (1952). Utilicé la versión española en los casos 2, 3, 4, 6, 8 y 11; la francesa en los casos 1, 5, 7 y el texto inglés en los casos 9, 10, 12 y 13.

dental, con las formas semidictatoriales de la resistencia, con la amplia coerción de las consignas rusas, con los cautelosos tripartidismos, sus libros fueron buscados con la pasión con que se busca el manjar interdicto, con la furia con que se persigue lo imprescindible. BERTRAND D'ASTORG afirmó que la audiencia de KOESTLER en los países anglosajones y en la Europa Occidental, pertenece "al dominio de la Sociología". Su técnica novelística casi vulgar, su curva mental, tan repetida en los últimos años, no restaron volumen al eco logrado por una apelación ardiente al recobro de cada albedrío y a un heroísmo libre, a su fértil repudio de los maquiavelismos, a su defensa del hombre —sin adjetivos—, a su iluminada denuncia de las tiranías y de las fuerzas que a ellas empujan.

ANDRÉ GIDE en las anotaciones de su diario de 1941 (9 de febrero) y 1946 (26 de noviembre) registró con entusiasmo la función clarificadora que los libros testimoniales de KOESTLER ejercieron, sin duda, sobre él mismo. SARTRE lo puso como ejemplo de un nuevo género en su artículo de presentación de "*Temps Modernes*" y subrayó en "*Qu'est-ce que la littérature*" la aportación de esta literatura "de situations extrêmes". THIERRY MAULNIER en "*La face de Méduse du Communisme*" apunta la reacción de la opinión francesa de 1946 ante "*Darkness at noon*" y contrastándola con la que despertó en 1935 "*La condition humaine*", de ANDRÉ MALRAUX, sostiene que los dos libros "dan la medida del camino andado en poco más de diez años". GEORGE ORWELL le dedicó en 1944 uno de sus más penetrantes "*Critical Essays*".

Pero esta resonancia no se limitó a los países de la Europa Occidental. Y a ello han ayudado evidentemente sus crónicos y constantes desplazamientos. Ya un horóscopo juvenil le había predicho que sería un ser "errante y fugitivo sobre la tierra". Su obra lo muestra sucesivamente integrado en tres perspectivas: la europea, la inglesa y la norteamericana.

Su visión de nuestro tiempo comienza por ser europea, como europea es también la gravosa memoria de sus luchas, de su experiencia, de sus mortales peligros. GEORGE ORWELL en su ensayo insiste liminarmente, y con razón, en esa necesaria procedencia continental que en la literatura inglesa (a la que KOESTLER se adscribió por casi diez años) presenta lo más valioso del panfletismo político, lo más duradero de la novela beligerante. Sólo por excepción (y anotaría la valiosísima de un T. E. LAWRENCE y las posteriores y más limitadas de ISHERWOOD y de SPENDER) el hombre inglés ha podido vivir las experiencias de un ZILONE, un MALRAUX o un MALAPARTE, o de vivirlas, lograr expresarlas.

Pero ese caudal —"mundano", en el más riguroso sentido— fué organizado por KOESTLER a través de toda una década en el equilibrio y la relativa seguridad insular. El turbión, los fermentos allí se decantaron. Las desilusiones se hicieron clarividentes. Desde 1940 sus libros fueron escritos

en inglés, lo que vale decir todos los conocidos, con excepción de "*Spanish Testament*" (de 1938), "*The Gladiators*" (de 1939) y "*Twilight Bar*" (de 1933, pero rehecho en 1945). Esta radiación inglesa le será reprochada por algunos de sus críticos pro-comunistas y uno de ellos se referirá malévolamente al "clima húmedo y anemiente de la isla" para explicar, y desprestigiar sus sonadas posturas.

Estados Unidos lo recibió hace pocos años y parece importante para explicar el nuevo desplazamiento su desconformidad con la política inglesa ante Israel, primero (marcada en "*Promise and Fulfilment*") y ante la URSS, en estos años. De este lado del mundo su visión parece organizarse hacia la generalización —en "*Insight and Outlook*"— y hacia la interiorización y el recuerdo —en su autobiografía "*Arrow in the blue*" y en todo lo que con certeza le seguirá.

En esas tres perspectivas, sin embargo, KOESTLER maneja unos mismos temas y una común dilemática; en las tres consigue y sostiene una de las más vastas atenciones de nuestro tiempo.

Pero este hombre, que vivió en su adolescencia los "cien días" de la Comuna húngara y el nacimiento del sionismo; que libró en el Partido Comunista Alemán las últimas luchas de escaramuzas contra el nacional-socialismo; que trabajó en la Rusia del primer Plan Quinquenal y tuvo que ver con los juicios y depuraciones de 1938, que fué condenado a muerte en España; que presenció desde un campo de concentración "la drôle de guerre" y corrió los caminos con el ejército francés desbandado; que miró sin demasiadas ilusiones la formación del Estado hebreo, no puede ser explicado con las categorías que son válidas para el escritor de un mundo estable y protegido. KOESTLER, como otros, requiere una valoración firme pero a la vez flúida, una suerte de gnoseología especial que afronte comprensivamente las relaciones de "la vida" y de "la obra". Él mismo, en uno de los ensayos de "*El Yogui y el Comisario*" distingue: "A medida que la novela burguesa va haciéndose más y más insípida y quedándose progresivamente exhausta conforme se acerca a la época de su cancelación la época que la produjo, un nuevo tipo de escritor parece venir a enseñorearse de la situación, reemplazando el culto humanista de la clase media: el de aviadores, revolucionarios, aventureros, hombres que viven una existencia desposada con el riesgo; que manejan una nueva y efectiva técnica de observación, una suerte de curiosa introspección al aire libre y un giro aún más curioso y peregrino de contemplación, incluso de misticismo, nacido en el vórtice mismo del huracán".

El autor cita después a SAINT EXUPERY, a ZILONE, a BRUNO TRAVEN, a MALRAUX, a HEMINGWAY, a CHOKOLOF, a PANAIT ISTRATI, a RICHARD HILLARY, y de esta lista no exhaustiva, pero sí suficiente, no ha perdido ocasión de referirse, siempre admirativamente, a MALRAUX y a SAINT

EXUPERY. En su última novela "*The Age of longing*", GEORGE DE SAINT HILAIRE es un retrato ficticio pero transparente del primero; en "*Insight and Outlook*" coloca a ambos entre los hombres que han hecho de su obra una poderosa perspectiva de lo trágico a través de lo cotidiano y lo trivial.

Tal vez, dentro de esta constelación, la experiencia de KOESTLER sea impar.

Pero no por ello menos representativa. "What I have written may be regarded as the chart of an experimental neurosis produced in the laboratory of our time. More specifically, the laboratory in question was Central Europe in the second quarter of this century; and the stimuli to which I reacted were first the financial, then the physical destruction of the cultural stratum from which I came. At a conservative estimate, three out of every four people I knew before I was thirty were subsequently killed in Spain, or hounded to death at Dachau, or gassed at Belsen, or deported to Russia, or liquidated in Russia; some jumped from windows in Vienna or Budapest, others were wrecked by the misery and aimlessness of permanent exile".¹

No eran necesarias esta confesión y este cálculo de "*Arrow in the blue*". No sólo su inserción vital ha sido más rica y más variada (como que premeditadamente se buscó por deliberado designio del compromiso y la aventura) que la de otros escritores arriesgados. Tampoco es inferior, en su contacto con los hechos decisivos a la de esos hombres públicos, entre los que es imposible no recordar a Churchill, que nos han dejado el material valioso de sus memorias o sus diarios. Tampoco es menos diversa su obra ni, en un plano de calidades subordinadas menos amena que la de los grandes periodistas de nuestro tiempo. Como tantos, KOESTLER partió del periodismo y sólo andado mucho camino llegó a cierta relativa plenitud formal, a cierta felicidad expresiva. En este plano el producto de su actividad no es sustancialmente diferente de los trabajos de REYNOLDS PACKARD, de SHIRER, de HOWARD SMITH, de THOMAS HAMILTON. Como ellos sabe contar e informar con interés, viveza y emoción. Pero a diferencia de periodistas y de estadistas, de reporteros o diplomáticos, KOESTLER posee el don de expresión que caracteriza al grupo de escritores arriesgados. Si es cierto que en los libros de éstos, literatura y crónica coexisten muchas veces no

(1) "Todo lo que he escrito, puede ser mirado como la carta de una neurosis experimental producida en el laboratorio de nuestro tiempo. Más específicamente, el laboratorio en cuestión fué la Europa central del segundo cuarto de esta centuria; y el estímulo contra el que reaccioné fué la destrucción, primero financiera y física después del estrato cultural a que pertenecí. En un cálculo prudencial, tres de cada cuatro de las personas que conocí antes de los treinta años fueron posteriormente muertas en España, o perseguidas hasta la muerte en Dachau, o asesinadas en Belsen con gas, o deportadas a Rusia, o allí liquidadas. Algunas se tiraron por las ventanas en Viena o Budapest; otras se hundieron en la miseria, el desaliento de un permanente exilio".

lo es menos que a todos se les ha planteado el problema de sobrellevar el testimonio al orden de una creación significativa y durable. No es raro que no todos lo hayan conseguido por igual. De nuevo habría que nombrar a SAINT EXUPÉRY y MALRAUX entre los que han trepado niveles que para otros permanecerán inalcanzables. No creo lo mismo de KOESTLER pero sí de que éste es, con MALRAUX, el único capaz de convertir en plena intelección filosófica, en lucidez dilemática, en significación universal, el material de su experiencia. Urgencia de cronista y móvil de "ecce homo" mueve, según su obra última, la tarea autobiográfica (y autobiografía es en realidad toda su obra). Pero en él, sumándose a su típica antítesis obra otro impulso, otro móvil que llamaría sin irreverencia el "ecce mundo". La historia que se hace intimidad; el hombre haciéndose historia. Y sobre todo, dilema.

II

Parece irresistible la tendencia de todo escritor maduro a explotar cabalmente la originalidad de su característica central, a manejar reiteradamente el signo de su específica modalidad. Creo que no es necesario entender esta madurez como una plena posesión de medios, ni como una conciencia sin penumbras de sus posibilidades, ni como un exhaustivo tránsito por los propios dominios. Ni pienso tampoco que este explotar connote algo mecánico, deliberado, doloso. ¿Porque acepta acaso tal calificación el gesto repetido de un CLAUDEL, prosternado, filial, ante la mansión del Padre? ¿Lo tiene acaso en un GREENE la súbita, amenazadora vivencia de un orden sobrenatural en el trámite, prosaico, del interés y del pecado? ¿En un Hesse la oscura apetencia de un orden intacto, de un sentido de la vida válido? ¿En un MALLEA el esfuerzo por recobrar la intelección perdida en el país, de la ciudad, de la tierra? ¿Lo tiene acaso en KOESTLER la dramatización, el despliegue lujoso de esos dilemas que calan desde los títulos de su obra hasta los estratos más hondos de su actitud emocional, de su pensamiento, de tipo dialéctico, del juego de sus definiciones, del despliegue de sus símbolos?

El mismo observa en su autobiografía: "to talk about one's own split personality is a special form of vanity —particularly in the case of Central Europeans fed on Goethe's «Two souls, alas, inhabit in my bosom». But I am to remain truthful, the separate existence of those two souls in my bosom must be emphasised, for the split has remained with me, and the resulting tug-of-war is one of the recurring *leit-motifs* of this report. It is reflected in the antithetical titles of my books: *The Yogi and the Commissar*, *Insight and Outlook*, *Darkness at Noon*, *Le Zéro et l'Infini*, *Arrival and*

Departure, and so on. The choice of these titles was more or less unconscious, and the underlying pattern only dawned on me much later".²

Pero KOESTLER se queda corto. No suelta en realidad un paso su pensamiento, no funciona un instante su mecanismo expresivo sin que las antítesis se vayan desplegando servicialmente. Llega, por ejemplo, a Montmartre, "desde el Monte de los Olivos" y descubre que para él, "rootless vagabond"³ la vida medida del pequeño burgués resulta extrañamente encantadora. Será su primera y gran experiencia en ese París que "has achieved a unique synthesis between Mediterranean hedonism and Nordic, urban diligence: which has married Eros to Logos, keeping Tanatos at bay; a civilization where the cults of Descartes and of Rabelais coexist in harmony".⁴

Todo esto no es evidentemente una simple postura. No son necesarias las inferencias psicológicas de la estilística para adivinar que detrás de esta obsesión tiene que latir una auténtica escisión, una maniquea visión del mundo. Los dilemas de KOESTLER pueden parecer excesivamente elaborados y ocasionalmente lo están; explican sin embargo sus conversiones y reconversiones, explican sus desilusiones, otorgan una coherencia irremplazable a su agonía europea, la explican. Hasta permiten preverla.

Apetencia de soledad e impulso gregario se repartieron su ánimo desde la niñez. En "*Arrow in the blue*" cuenta extrañas experiencias primeras de aislamiento. Pero es a lo largo de su vida que se mantendrán, nos dice, una constante oscilación entre "periods of complete isolation and short bursts of hectic gregariousness"^{4 bis}. La dualidad es en realidad más singular. Y encuentra su símbolo en la flecha y el espiral que presiden su intento autobiográfico, que se vierte en su ensayo de una teoría del hombre y sus creaciones espirituales: "*Insight and Outlook*" y su elaboración de un espectro de las tendencias humanas desde lo "self-assertive" hasta lo "self-transcendant".⁵ El doble movimiento hacia la intimidad y hacia la trascen-

(²) "Hablar acerca de la propia personalidad escindida es una forma especial de vanidad, particularmente en el caso de los centroeuropeos educados en el goetheano: «Dos almas, ¡ay! habitan en mi pecho». Pero siendo sincero la existencia separada de estas dos almas en mi pecho debe ser subrayada, porque la escisión ha permanecido dentro de mí y la resultante pugna es uno de los recurrentes temas centrales de estas memorias. Se refleja en los títulos auténticos de mis libros: «El Yogui y el Comisario»; «Introspección y visión exterior»; «Oscuridad al mediodía»; «El cero y el Infinito»; «Llegada y partida», etc. La elección de estos títulos fué más o menos inconsciente y su pauta subyacente sólo se me mostró mucho más tarde".

(³) "Vagabundo desenraizado".

(⁴) "Que ha logrado una síntesis única entre el hedonismo mediterráneo y la diligencia nórdica y urbana; que ha unido el Eros y el Logos, manteniendo a Tanatos a raya; una civilización en la que los cultos de Descartes y Rabelais coexisten en armonía".

(^{4 bis}) "períodos de completo aislamiento y breves estallidos de gregarismo frenético".

(⁵) "autoafirmativo" y "autotrascendente".

dencia, la actitud centrípeta y la actitud irradiante puede ser común a buena parte de la mentalidad occidental y no carece de versión en los más indiscutidos planteos existenciales; en Koestler hay sin embargo, un patético manejo del dilema que consigue transformarlo en clave personalísima y en visión insoslayable.

Pero la integración tiene dos vías, conflictuales a su vez. Una es la de nuestro ser en el universo y en las cosas; la otra la de nuestra persona en el marco estricto de una comunidad humana. El "sentido oceánico", que KOESTLER toma de FREUD, pero al que insufla una significación que en su maestro no posee, y la inserción del individuo en lo social están destinados a un contrapunto trágico que todas las distinciones de la corriente personalista no puede obviar. El místico, afirma en *Insight and Outlook* negará siempre la integración social; el fanático, el "sentido oceánico". Y el místico y el fanático son los ejemplares fronterizos de una inextinguible polémica. La contemplación desafía los llamados de la acción; ésta, las calladas exigencias de aquella. A los que pudieran encontrar vulgares (y convencionales) estos conflictos, KOESTLER podría contestar que son los suyos, y los de todos y que ello es lo que lo hace no tomar en cuenta —por lo menos liminarmente— conciliaciones más refinadas pero más opacas a las posibilidades de encarnación; no buscar, ya no el camino sino la meta en experiencias irrepetibles como la mística activo-contemplativa del siglo XVI español. Por ahora la contradicción insalvable es entre distancia y militancia: "Two parallel planes in our minds (...) should be kept separate: the plane of detached contemplation in the sign of infinity, and the plane of action in the name of certain ethical imperatives. We have to accept the perpetual contradiction between these two".⁶ Desde joven se sentirá tironeado entre el reclamo de la especulación desinteresada y el espolio de una indignación crónica y activa. A los diecinueve años, se sienta un día en el Volksgarten de Viena a estudiar el libro de WEYL sobre la teoría de la relatividad de EINSTEIN. Pero lleva también con él un panfleto sionista sobre los motines árabes de Tierra Santa. Cuenta "with appalling details"⁷ muertes de niños judíos y torturas de pioneros, cegados y castrados. Lee angustiado esas páginas terribles y siente físicamente, como una inyección de adrenalina en la corriente de la sangre, lo que llamará desde entonces "Chronic Indignation".⁸ Decide dedicar su vida a la causa de los perseguidos. Pero vuelve en seguida, con ese diletantismo de adoles-

(⁶) "Existen en nuestras mentes dos planos paralelos y que deberán ser mantenidos separados: el plano de la desapasionada contemplación bajo el signo de lo infinito y el plano de la acción en nombre de ciertos imperativos éticos. Debemos aceptar la permanente contradicción entre ellos".

(⁷) "con espantosos detalles".

(⁸) "Indignación Crónica".

cencia, al libro de WEYL. Cree entender la fórmula esencial. Y entonces: "The martyred infants and castrated pioneers of the Holy Land shrank to microscopic insignificance". Beast had fed on beast in sea and jungle since the beginnings of organic life...⁹ La experiencia no es rara. Pero es transparente. Usando su feliz terminología convivirán siempre en él un "apprentice-yogi" y "a pocket Commisar".¹⁰ Desde ese entonces de la Universidad de Viena, en realidad, hasta la experiencia de las cárceles de Franco, en 1937, será la exigencia del Comisario la que ordenará el trámite de su vida, con lo que el tema de la actuación histórica ingresa en su obra con una riqueza de matices incomparable en toda la literatura testimonial de nuestros días.

El problema de la acción político-social se replanteó abruptamente en la vida contemporánea cuando irrumpieron (según itinerario muy sabido) en la primera postguerra, movimientos fideístas cargados de ese dinamismo que por tanto tiempo los mostró avasallantes. Ya no hubo reglas de juego, ni acatamiento cortés a convenciones aceptadas por todos, como las que organizaron, en el largo período parlamentario y liberal, turnos de partidos y pugnas de ideologías que se asentaban sobre una base común, participada sin dobleces. Han desaparecido, usando la expresión ya tan manejada de ORTEGA, los "estratos de la concordia", y, en falta de cualquier instancia conviviente, el choque violento, material, sin atenuantes, se abre como único, inevitable camino. Nada, salvo precarias formaciones barridas al primer viento, queda entre los bloques agresivos y erizados, enristrados en busca de una decisión en la que el vencido no conocerá un mañana.

Es en este momento —un "momento" que dura ya más de una generación— que se socializa el problema de la acción. Porque anteriormente, claro está, en forma parcial, personal y diluida, los dilemas del actuar nunca dejaron de plantearse. Cualquier político del siglo XIX tironeado en algún sentido entre la vocación intelectual, las exigencias morales o la necesidad del éxito, cualquier partido enfrentándose electoralmente a un rival, no pudieron dejar, —siquiera intuitivamente, de posárselo. Pero en la tercera década del siglo estos dilemas se ponen a existir para todos, y cobran para todos el más extremo rigor que quepa concedérseles. Se tratará no de un plus de eficacia o de un plus de maneras; será la cuestión triunfar o no existir.

Es en este punto que la meditación de KOESTLER se presenta con reveladora claridad, con caliente dramatismo. Ni como ensayista ni como nove-

(⁹) "Los niños martirizados y los pioneros castrados de Tierra Santa se redujeron hasta una insignificancia microscópica. Así se habían alimentado las bestias en el mar y en la jungla desde los principios de la vida orgánica".

(¹⁰) "Un aprendiz de Yogui y un Comisario de bolsillo".

lista quiere llegar a una solución; pretende en cambio encarnar los términos del debate en sus criaturas y en su propia suerte personal. Y lo hace admirablemente.

Corresponde —empero— precisar dos planos bastante diferentes en este planteo de KOESTLER: el de la acción fanática en su contraposición con el liberal entendimiento y el de la clásica cuestión del fin y de los medios. Los dos, materia de largas rumias, confieren a su obra el aire de esas interminables discusiones sobre tácticas a las que tan afecto fué el socialismo europeo, y que tan bien ha recreado ROGER MARTIN DU GARD en su "Eté, 1914".

KOESTLER sabe que la acción es necesaria, sabe que sin un empeño fervoroso, arrollador, implacable no es posible romper en algún sentido unívoco y liberador (aunque implique sacrificios y mutilaciones) la tela de las contradicciones de nuestro tiempo. Pero una fe sin titubeos en la propia empresa, una creencia sin resquicios en su esencial legitimidad parecería tener que estar flanqueada por el odio al adversario, el desprecio al neutro o al simplemente extraño. Los típicos sentimientos de la secta se imponen sin contrapeso. En Palestina, en España, en Francia, en su busca de una creencia nueva, KOESTLER ha sentido esta necesidad malvada, y su repetida crítica al desprecio marxista por los ingredientes intuitivos y pasionales del hombre lo muestra poderosamente. Pero la ha sentido, comprendiendo que esas dicotomías que forman la lucidez inteligente y el compromiso impávido, el rigor implacable y los modos civilizados son el distintivo del acto humano creador de historia.

La acción no puede ser sino acción desdoblada. Actuación, sí, comprendiendo hasta la plena participación las razones y calidades del enemigo, contemplando sus alternativas, revisando las dos caras de la moneda. Tan repetido conflicto es la sustancia del drama de José, el protagonista de "Thieves in the night", el debate entre sus modos occidentales y el terrorismo de la banda de Bauman. José, en palabras de éste, tiene siempre "ese sesgo intelectual que (...) hace ver las dos caras de la medalla al mismo tiempo"... y "ver a ambos lados en un lujo de que no todos nos podemos permitir". El linaje Bauman afirmará siempre que es el odio el que mueve la historia y que toda comprensión lo anemia. En "The Gladiators", Enomao le pregunta a su compañero: "—¿Tanto los odias? (...) —A veces —dijo el viejo. — Pero ellos nos odian a nosotros siempre. Y ésa es nuestra desventaja".

Un obrar flanqueado de cierta purificadora distancia "ese equilibrio entre la desilusión y el fervor" que KOESTLER contemplaba como rasgo de su generación integra sin duda las líneas de ese arquetipo del revolucionario desencantado, del azotado hijo del siglo que él mismo representa con intachable autenticidad desde hace dos décadas. No es un deber, ni siquiera

una virtud. Las figuras pavorosas del Enemigo —también— participan de un interés inteligente y enfermizo por el argumento de sus contrarios. Raditsch, el jefe de policía de *"Arrival and Departure"* sabe mucho más de marxismo que el joven poeta comunista al que va a torturar; Ivanov, el juez de instrucción de Rubashof, en *"Darkness at noon"*, explica mejor que el prevenido el proceso de su "alejamiento de la línea". En los recuerdos de su acción comunista cuenta la historia de una muchacha camarada interrogada por un comisario nazi. La mujer negaba todo y se zafaba del lazo muy satisfactoriamente. Pero de repente suelta la palabra "concreto". A quemarropa le preguntan —¿De dónde sacó Vd. esa palabra? Y cae la desgraciada. (KOESTLER maneja esta anécdota para corroborar el apego comunista a las muletillas de un lenguaje sacramental, pero también vale para el fin con que aquí la uso).

Cuando es él, el que profesa un tipo de fervor así escindido no falta una nota de satisfacción o desafío. No está ausente en el rigor de objetividad con que, judío él mismo y militante sionista activo en su primera juventud, despliega los defectos del carácter hebreo: orgullo, xenofobia, susceptibilidad, falta de sentido del humor, histerismo. O con que muestra en su visión de Israel los sesgos del provincialismo, las formas larvadas de dictadura, los males de la influencia rabínica, o los peligros de un salto sin transiciones del pasado al futuro. O con que registra el impacto ambiguo de sus libros: un *"Darkness at noon"* que deshace anticomunistas, al mismo tiempo que los consigue entusiastas. (Y agregaría yo: un *"Thieves in the night"* o el mismo *"Promise and fulfilment"* que indigna en las colonias decanas de la Tierra Santa y despierta simpatía irrestricta a la experiencia del nuevo Estado judío entre la gente menos inclinada a cualquier forma de semitismo de tipo humanitario o liberal).

Con todos sus lastres, los finales de KOESTLER optan siempre por la acción. Dos encarnaciones koestlerianas: José y Peter Slavek, tan reticentes, apuestan, hacia el desenlace, sobre ella. Pero, ya en la acción misma, la cuestión de "los fines y los medios" se agrega, dándole toda su trágica dimensión, su radicación en un aquí y un ahora. De toda la obra de KOESTLER es éste el tema más conocido, más desarrollado, más debatido. Se inserta en una corriente vitalísima de reflexiones convergentes, en las que la actitud de GANDHI, el planteamiento huxleyano y la defensa de MARI- TAIN de "los medios pobres" opuestos al cristianismo político y clerical en el mundo católico marcan las zonas más recorridas. La contribución de KOESTLER no es intelectualmente original, pero en ninguno de los nombrados, excepto en el GANDHI (aunque en éste tan rectilíneamente), tiene su sentido agónico, ni tan firme asidero en una vital experiencia y en un cuadro histórico tan variado y ancho.

No basta decir que sus conclusiones son la razón fundamental de su

repudio del régimen ruso; su desilusión del comunismo fué la vía por la que los términos del problema se le hicieron inteligibles. *"The Gladiators"*, *"Darkness at noon"*, *"The Yogi and the Commissar"*, *"The age of longing"*, *"Arrow in the blue"* multiplican sus formulaciones.

KOESTLER aceptó originariamente los móviles del bolcheviquismo y aún podría decirse que los acepta. Admitió la edificación de una sociedad sin clases mediante la propiedad colectiva de los medios de producción y asintió aún a los brutales medios de realización: dictadura, represión implacable, defensa encarnizada del "país socialista". "Ad angusta per angusta", decían los romanos. Y el recreador de Espartaco con ellos. En la historia de su conversión al comunismo un silogismo lo conforta: el proletariado es el principio activo de la historia; es la encarnación de su escondida voluntad. El comunismo es la vanguardia del proletariado, es su activa conciencia. El fin de su triunfo justifica todos los medios. La destrucción, la muerte y el dolor son las pequeñas perturbaciones, las fugaces crestas que pasan sobre las ondas profundas de la Historia; ondas y crestas signan a los mártires y a los tontos: estar en "un sentido", en el sentido de la Historia es lo que distingue a unos y otros, lo que los califica. Con tal precisa meta, el tiempo se hace proyecto y la Historia futuro. Orgullosamente justifican sus personajes de *"The age of longing"*, Nikitin sobre todo, destrucción, dolor y muerte en que sólo el porvenir importa y el crearlo, el poseerlo —el preposeerlo en puridad— es una promesa infinita de impunidad.

Tendidas así las líneas, todo queda cohonestado. Pero pienso que lo que en KOESTLER como en tantos otros maduró una desilusión que no procede recordar ahora, lo que hizo el silogismo emocionalmente, crecientemente inhabitable fué el carácter de esos medios, fué la materia humana sobre los que esos medios se ejercieron. No creo que le hubiera repelido una gran violencia súbita y universal sobre "los grandes", una lujosa revancha sangrienta sobre el mundo burgués corrompido y el capitalismo sin alma. Un fúnebre crepúsculo de los dioses. Si se recapitula "los medios" que más le sublevan: la mentira deliberada, el cinismo frío, la contemporización con los enemigos, el sacrificio de los partidarios, la habilidad manio-brera más impávida e imprevisible, la crueldad apostólica y cilicial y su ejercicio deliberado, duro, científico, el sacrificio en masa de clases y de pueblos; campesinados, minorías, disidentes proletarios que nada tenían de capitalistas ni de burgueses, resulta inequívoco que a todos los reúne el común denominador de ejercerse más sobre "los próximos", más sobre esas multitudes cuyo ascenso a la dirección del mundo se hace válida como premisa esencial de la acción revolucionaria, que sobre "los otros", los enemigos de la igualdad y de la justicia, los condenados sin remisión al Infierno de una prehistoria. Todos se filian también en un común estilo de hipocresía y deslealtad que quebranta esa exigencia ética de "autenticidad", de

"sinceridad" que parecen ser en el hombre moderno harto más poderosa que la de la bondad y la caridad, o la de la contención de instintos y apetitos. En sus ensayos de *"The Yogi and the Commissar"* mostró KOESTLER cómo la nueva organización reproducía los trazos más destacados de la antigua: la dirección oligárquica y la autoridad sinodal, la omnipresencia del militar y el burócrata, la rígida estratificación de clases, los móviles del interés y la competencia individual, los lemas de la expansión y la subsistencia nacionales. Cinco historias de *"Darkness at noon"* ilustran la técnica de los medios: la historia de Ricardo, el sacrificio de los amigos; la de Loew y el petrolero, la alianza con los enemigos y la subordinación de los intereses de la revolución mundial a los de la conveniencia rusa; la de Arlova, la de Kieffer y su hijo, la de Bogrov y los submarinos, la imposición implacable de una línea partidaria, la inmolación fría de hombres, de mujeres, el desprecio de los antecedentes.

Todo el posterior itinerario koestleriano se condensa en la creciente convicción de que poco a poco "la ley de los rodeos" fué, desfigurando primero, alejando después, escamoteando al cabo, haciéndolo inasequible, la pureza del primitivo designio.

(Continuará en el próximo número)